

ΔAK 8465

# PALABRAS PARA UN CONTICINIO\*

Alfredo Matus Olivier

o.

ACADEMICO DE NUMERO

ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

Aquí hay un sustantivo central. En Fernando González-Urizar hay sustantivos centrales. ¡Y cuántos! No puedo sustraerme a esta atalaya del silencio: burbuja tácita que se me entrega con prioridad. El sustantivo suena *conticinio* y para mí está en el eje de esta obra impecable, resquicio por donde me inserto en este condominio del callar, del no decir de las personas, del enmudecer de las bestias, del no sonar de las cosas.

*conozco de una vez todo el silencio:  
ni una voz, ni un sonido, sólo el aire  
inmóvil, al acecho de las voces.*

La Real Academia explica: "hora de la noche, en que todo está en silencio". Pero esta voz latina tenía íntegra su fuerza en Roma: "momento de la noche en que todo calla". Implica, pues, el callar de las personas (*tacēre*, del que procede) y el estar en silencio de las cosas (*silēre*, la calma de las cosas, la falta de rumor y ruido). Es momento de detención en el tráfico cotidiano; instante de éxtasis, como el de la bailarina inmóvil de la dramática cubierta, en sangre y noche. Es espera detenida de una inminencia que ya viene, que ya quiebra, que ya arranca. ¡Que todo quede absorto por un segundo!, que puede ser un año, un siglo, un milenio o una glaciación, hasta que irrumpa el sonido de esta *Viola d'amore*, instrumento del encuentro, de la fusión de los espíritus, de la cópula suprema de Goethe ("auf zu höherer Begattung"), pura vibración.

Descubría yo, hace diez años, en mi incorporación a la Academia,

\*Presentación de *Viola d'amore*, obra de Fernando González-Urizar, realizada, en *El Ateneo* de Santiago, el 30 de agosto de 1990.

Queda del Instituto de Chile, 1990

000 (86 965

que los perros del Coloquio cervantino estallaban en palabras precisamente en este instante insondable del *conticinium*. ¡Las confluencias del tiempo! No son casualidades, sino reencuentros no fortuitos, dictaminados por una articulación subyacente que aquí, y ahora, nos reúne. No es azaroso, pues, que yo abra estas páginas por este *conticinio*, por esta constelación anegada de silencio.

*al acecho de las voces.*

No extrañe que la obra se inaugure con *Música celestial*, ni mucho menos que quede clausurada con *Sonata para sombra y silencio*. Sombra y silencio (*conticinium*) constituyen el relieve, la textura y el volumen de esta *Viola d'amore* (que ya no canta o no canta todavía) y de esta bailarina (que ya no danza o no danza todavía): sombra que ya no es luz o no lo es aún, silencio que ya no es música o aún no lo consigue ser.

La voz *conticinio* resucita con Fernando y al resucitar, esplende. *Poco usada*, dice el diccionario. Pero ¿qué significa esta anotación? Bastaría con este único empleo en la historia de la lengua. ¡Cuánto léxico ascendido, después de la nueva vida que Fernando le concede! *Membranza*, “anticuada” según la Docta Corporación, y aquí está insuflada en un uso lingüístico que trasciende, en *Escapar del olvido*:

*¿Cómo me irás a ver, si la membranza  
clavó el engaño de un color inmóvil  
si tú misma pareces tan distinta?*

También suena, con acento punzante, en *Lágrimas en Batavia*:

*Soy extranjero aquí, junto membranzas  
para cuando de imágenes se viva.*

O *aqueste*, deíctico insustituible, del que la Academia advierte: “ya sólo se usa en poesía”. ¿Qué significa este *ya sólo*? ¿Acaso una precariedad, un límite? ¿No asistimos más bien a la liberación de un uso en su lugar poético intransferible de *Será lo que tú quieras*?

*Unicamente saben tus ojos —las estrellas—  
lo que me oculta el tiempo.  
Y no dirán si es cierta la ventura  
que aguarda aqueste corazón, temblando.*

O los *herrojos*, sustantivo “anticuado” según la casa madrileña, que aquí, en *Civil y seglar*, tiene flechas prospectivas, de irradiación insospechada:

*A púas y herrojos suceden  
las leyes inicuas,  
burda telaraña.*

Ahí está también el “poco usado” *sinario* de otro poema clave, a mi lectura, *Pasión de los signos*:

*Leo toda la tierra: es un libro sinario.*

Y también el sustantivo “anticuado”, para la Academia Española, de *Joglerías (Joglerías al alimzón)*, ¿qué mayor regocijo que el que proporciona este nombre, en el título, de espejos lorquianos?

*juguemos, alma mía,  
carabiurí, carabiurá,  
a que pieles y voces son de hojaldre  
y el cuerpo es potro joven y relincha.  
Pero, claro, es sólo un juego:  
no tiene tapa ni tiene fondo  
el aro que empujamos a la muerte.*

También de “anticuado” se imputa, en el léxico oficial, a este despuntante *alborecer* del *conticinio*, aquí lacerante en su martirio:

*De alborecer mi rumia entre los vidrios,  
y oír los trinos que se desparraman  
y doblar en la almohada mi fatiga.*

O también el “poco usado” *efundir*, que en *Llave maestra* se entroniza triunfal:

*En damas y doncellas y rameras  
el filtro que efundimos es segura  
ganzúa de imposibles y desdenes.*

Pero no sólo están las voces “anticuadas” o “poco usadas” en el acervo idiomático sorprendente de González-Urizar. También quiebran albos las relegadas, las olvidadas del desván, que Fernando las

lanza, las zampa, como Pablo: "Las agarro al vuelo, cuando van zumbando, y las atrapo, las limpio, las pulo, me preparo frente al plato, las siento cristalinas, vibrantes, ebúrneas, vegetales, aceitosas, como frutas, como algas, como ágatas, como aceitunas... Y entonces las revuelvo, las agito, me las bebo... las trituro, las emperejilo, las liberto... Tienen sombra, transparencia, peso, plumas, pelos..."

Aquí están algunas de las ágatas de Fernando: murmulla, insonora, redaños, müllete, entresijo, abaja, borbota, raigal, sollamarme, acucia, sonora, epinicios, cenceña, agoran, engaite, gonce, zurear, acíbar, alzada, turbión, alamud (los ecos de mozarabía en Fernando, *alcabalera*, *albalá*: ¡oh los ecos de ese consumado *Albalá del azul marchito!*), visajes, agostados, carantoñas, endriago, lamia (¡qué pregunta apocalíptica!):

*¿Dragón del mar  
endriago de la selva, lamia  
del alma, que persigue la dicha de la espuma?*

Y también: plica, befa, amustia, relamo, verdín, undulante, alabea, zupia, alburas, noctilucas, cibera, aduerme, relapso, venusta, salaz, capuz, ominoso, columbran, umbría, endrina, lunaria, hogaño, domeñar, soterrada, miaja, aleve, chirlo, ahíta, pomar. ¡En fin! Estas son las frutas, las algas, las ágatas, los pelos, las plumas de Fernando, atrapadas por él, limpiadas, peladas, vibrantes, ebúrneas, vegetales, aceitosas. Sacadas de los arrecifes del castellano, redivivas en su escritura. ¡Cómo quisiera detenerme en cada una para manifestar los espacios que configuran, las formas plásticas que diseñan, las concepciones sonoras que implican, las sonatas, los trío-sonatas, los preludios y fugas, las pasiones y oratorios! Las pavanas:

*Ahora un compás ritual, para que salgan  
las sombras del tapiz:  
violines, cellos, clave.*

La música es cifra en todo este poemario; aritmética y arquitectura. *Conticinio* articula armonía y contrapunto, como en *Deo volente*:

*Azar y albedrío se dan,  
andante cantabile.*

*Pero más que lisonjas y mimos,*

*crear:*

*el prodigio, la música*

*la luz, la centella que dura.*

Y en aquesta translúcida *Melodía que vuelve*, aquesta ráfaga lírica cristalizada:

*Un clavel de furor traspasa el aire,*

*una lenta pavana de olas negras.*

Y el atardecer, adagio sombrío de esta *Viola d'amore*, no decadente sin embargo, muy rezumante gota a gota, de esta opalina *Sonata para sombra y silencio*, que cierra el aliento de toda la obra y lo sella, casi plegaria:

*Sonata para voz y silencio:*

*olvido y hermosuras en el cielo,*

*en la tierra, nostalgia.*

*Así hasta que la luz nos oscurece:*

*y oímos el tañido del laúd,*

*la música infinita*

*del mar que se nos sube a la cabeza.*

Claro que sí, “hasta que la luz nos oscurece”, clave de todos los oxímoros que jabonan la textualidad: “casta lujuria”, “la música insonora” y la “oscura claridad” de *Al pan, pan y al vino, vino*. Pero el mayor oxímoron, el que constituye la integralidad del acto poético, lo es el *conticinio*: sombra callada que proyecta luz y voces.

Este tesoro verbal que González-Urizar recolecta del fondo más castizo del idioma comparece aquí vivificado. Y no es el uso por el uso, o tan solo el acento, sino el soplo primordial que enciende cada una de las expresiones patrimoniales. Yo diría que éste es el depósito léxico sustancial de Fernando, el humus sobre el que se asientan las realidades líricas, los productos de su procreación lingüístico-literaria. Pero están también los otros materiales: por ejemplo, las expresiones que no tienen carta de registro en el diccionario académico: miraje, enalta, transparece, rebrillan, estores, aduiciguan (¿cómo piden reflexión estilística las formas prefijadas con sus imponderables

valores y eficacia expresivos, abundantes en este escritor, y centrales en su decir: in-sonora, a-baja, so-llamar, a-mustia, re-lamo, a-duerme, so-terrada, en-alta, trans-parece, re-brillan, a-dulciguan, en-laciar!). Tampoco faltan los ecos de lo cotidiano: *será lo que Dios quiera, son cerca de las seis, hablar sin ambages, pensarlo dos veces, taño para llorar, y viceversa, en la puerta del horno, si no quiere perder pan y pedazo*. Y el enmascarado, y lúdico e infantil redoble: *redondo, redondo como el agua ardiente*.

Y en el casi acercamiento al universo lingüístico de esta poesía de excepcionales hallazgos, no puedo dejar de nombrar siquiera algunos de los que me parecen logros irreversibles:

- ¡embriaguez de leer*  
*un discurso de enigmas hasta casi entender!*
- siempre acaece el sol*  
*si eres tú mismo*
- en vivir sin más lucro que vivirme*
- Hay viernes y domingos todavía.*
- hermoso y absurdo como un toro*
- ¡Ay, quién sabe de cierto la página que escribe!*
- sueños del viento, que aún traduzco*
- a un madrigal de chispas te comparo*
- Yo creo en la palabra que anticipa*
- conozco de una vez todo el silencio*
- en un sollozo de raíces*  
*nos llueve lumbre del magnolio.*
- el curso de los árboles caídos*
- Poeta hasta que duele el hueso sacro.*
- la pintura rupestre del alma*
- Postigo de Dios o madrastra.*

Y el nombre de estos poemas, inteligencia de la denominación, onomatúrgo, el poeta los inserta clásicos, morales, decadentes, místicos, siempre generativos: *Por ti, mi Dios, doy voces, Será lo que tú quieras, Ruiseñor en la cima del alma, Todo lo que perdí vivirá para siempre, En campos de zafir pacen estrellas, ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?, Alcabala de los ramos floridos, Memorial de un instante sellado, Abanico de*

tonta, *En carne viva tañes*, *Tonada para un torso florido*, *Sonata para sombra y silencio*. Pero también, entre ellos, los sellos lacónicos que asombran: *Clepsidra*, *Leteo*, *Lamia*, *Pavana*, *Conticinio*, *Cibera*, *Relapso*.

Y, desde luego, las resonancias, las réplicas, las contradanzas, los antitemas, los contratextos, que se remontan a diferentes lecturas de la tradición literaria y aquí reaparecen con signo inédito. La intertextualidad, como hoy se dice, es un entramado complejísimo en González Urizar y la incitación a múltiples recorridos. Un par de ejemplos solamente. No puedo evitar el *ciprés de Silos* (de Gerardo Diego) cuanto leo este *Ciprés de Levante*; allá “enhiesto surtidor de sombra y sueño”, aquí, “enhiesto entre los vientos de la cima” y “pararrayos del alma que se tuerce”. O los epitafios huidobrianos de *Altazor* (“Aquí yace Marcelo, mar y cielo, en el mismo violoncello”), reconcebidos en esta impresionante y conseguida *Lista negra*. Aquí están para el infinito, Francisca y Faustino, Polo Olivier, Berta Aguirre, Danor Salinas, René Vergara, Augusto Elgueta Ortiz, Hernán del Solar. Cada uno con su letra, “plumas al viento, sorbos de salmuera”, con su rostro esculpido en verso y sombra. Me afecta particularmente, por razones de entrañable estirpe, la tercera estrofa en la inmovilidad del rayo:

*Polo Olivier: suicida, fino, denso,  
viola y laúd, tañendo en un disparo.*

El recuerdo de estas postrimerías individuales atañe al poeta en el sitio más intenso de su osamenta:

*Miro otra vez las cruces en mi lista,  
al censo de los árboles caídos:  
debo aprender ausencia.*

*Doctorarme en angustia,  
en miedo, en burlas,  
en lágrimas, en frío, en soledades.*

Unico, sin embargo, central, axis alucinante, el ya mencionado *Conticinio*. Donde tiempo y espacio (*chronos* y *topos*) transcurren para la consideración de una conciencia translúcida (*psyché*). Sólo en el conticinio puede detenerse el movimiento cósmico para la obturación del

yo intenso y más recóndito. La bailarina, enmarcada, focalizada, estática, enclavada en su ser aquí y ahora, crucificada en el momento de la noche en que todo enmudece, conticinio irrevocable.

*Duerme pura la casa en sus cimientos,  
no la turban el miedo ni la dicha.  
Sólo yo, el solitario, está despierto.*

¿Cómo no reconocer los clamores de la antigua Safo, isleña arcaica, que desde su *conticinio* lésbico hace señas a Fernando?

*Dédyke mèn a selánna  
Kai Plēiades: méσαι δὲ  
nýktes, pára d'érchet'ōra  
égō δὲ móna katéydō.*

Veintiséis siglos han pasado desde la noche aquella del conticinio sáfico:

*Ya se han puesto la luna  
y las Pléyades: es media noche,  
las horas pasan  
y yo estoy tendida sola.*

“Sólo yo, el solitario, está despierto”, dice Fernando, “al acecho de las voces”.

*Conozco de una vez todo el silencio:  
ni una voz, ni un sonido, sólo el aire  
inmóvil, al acecho de las voces.*

Silencio, noche y yo, abierto a la lectura de las cifras (luna, Pléyades) y a la expectativa de las voces por los instrumentos universales. Esta *Viola d'amore* está saturada por estas dos órdenes que se imbrican, *cifras* y *voces* (“la voz, viola del alma”), que claman por una hermenéutica superior. Al orden de las cifras (signos, señas, enigmas) pertenecen, por ejemplo, los poemas *Llave maestra*, *Gozne, gonce, bisagra*, *Horóscopos*, *Pasión de los signos*, y este orden emerge a la superficie en versos como los siguientes:

—*el mar que entiende los signos que se mudan*



—la dulce primavera de los signos  
—sueños del viento que aún no traduzco  
—los signos del zodiaco me dan su oscura piel  
—Leo la tierra= es un libro sinario  
si el árbol de los signos no dispone otra cosa  
—Indicio, marcas, gestos que cuento, peso, mido  
—Yo soy el que adivina la sombra, su escritura,  
lo que dicen las gotas, celajes del enigma  
—adentro todos somos laberintos  
—torpe fuera  
ufanarme del árbol del enigma  
—un instante,  
arbolado de signos, sellado.  
—amigos y extraños rebuscan la clave  
—la pintura rupestre del alma  
—entre la catarata blanca, cifrada, de la luna  
—Jamás es un número impar,  
incunable de enigmas.

A este orden del cosmos cifrado representa el alucinante *Memorial de un instante sellado*:

Velero blanco, a solas, en el mar de la noche  
un instante,  
arbolado de signos, sellado

Memorial de la luz  
que yo leo en tinieblas, despacio.  
Jamás pudo nadie violar su tesoro.  
Hueso puro del tiempo, intacto en el caos,  
joya impar, que destella,  
aparte o revuelto, igual su perfume.

Amigos y extraños rebuscan la clave,  
la médula, el néctar,  
la fiesta perenne del reino,  
la pintura rupestre del alma,  
la almendra del ojo, del labio, del tacto:  
el misterio.

*Columbran en la lluvia del Sur  
la magnolia, el carozo, la hogaza,  
el oro más mío.*

*La campana da un largo talán  
y desata mis lágrimas,  
un reguero de fuego y de sal.*

*El principio de nuevo comienza.*

*Velero blanco, a solas, en el mar de la noche,  
un instante  
repite su dejo, su dardo de espuma.*

*Congrega la sombra, el silencio, los astros.  
Esplende en mis ojos  
su fósforo vivo.*

*Del libro que escribo,  
la página, acaso, más bella:  
un albatros que viene volando de lejos.*

*Un velero del aire —la dicha—,  
rasgando el espacio infinito, los meses,  
la rada de cielos y nubes.*

*Velero blanco, a solas, en el mar de la noche,  
un instante,  
arbolado de signos, sellado.*

Al orden de las voces (música, instrumentos y silencio) pertenecen, por ejemplo, los poemas *Música celestial*, *Por ti, mi Dios, doy voces*, *Rumor del viento*, *Pavana*, *Rondó de la luna llena*, *En carne viva tañes*, *Tonada para un torso florido*, *Sonata para sombra y silencio* y este ordenamiento aflora en versos como:

—la música insonora desafina  
—el habla se hace música  
—la voz, viola del alma  
—reguero de plata sonora  
—porfía de diamantes y música de nuncas  
—vale más que la viola la sonata

—grito que no se escucha, mi oración,  
silencio desgarrado que borbota  
—Este el violín, el cello, el pianoforte  
y la sonata: viaje, olvido, cielo.  
—agua blanca, fantasma, de arpegios transida  
—Sonata para luz, y silencio, y acaso  
—en ronda, en allegro vivace  
—una lenta pavana de olas negras  
—agua y albedrío se dan  
andante cantabile.

A este cosmos pertenece esta enrarecida *Sonata para sombra y silencio*:

*La luz allá en el cielo.  
En la tierra, la sombra.  
Silencio.*

*Para mirar atrás,  
los ojos viejos  
y el camino remoto.*

*Azul pálido: los sones de la esquila,  
la vara de Aarón  
y el pozo del bautismo.*

*Mi orgullo que tropieza  
por ir solo y sin coro  
que anime o contradiga.*

*¿Soy rara mocedad?  
¿La que se muda  
de un paisaje de lluvia a otro de frío  
y escribe entre cipreses  
los renglones que calla,  
abita de fastidios y tristezas?*

*¿O la ebria juventud,  
romera del amor por el estío,  
bebiéndose los soles y las lunas?*

*¡Si era feliz entonces, por qué ahora  
lloro de ver cuán mísero parece  
mi corazón royendo sus mendrugos!*

*Lanza de Dios me clava los ijares.  
Chirlo de mundo voy, ya no me importan  
los ríos que me brotan, de vinagre.*

*Sonata para voz y silencio:  
olvido y hermosuras en el cielo,  
en la tierra, nostalgia.*

*Así hasta que la luz nos oscurece.  
Y oímos el tañido del laúd,  
la música infinita  
del mar que se nos sube a la cabeza.*

Las palabras de Pablo tienen pelos, plumas. Las de Fernando tienen dientes, glándulas, exudan, exhalan, se precipitan, producen taquicardia. *Conticinio* resucita con Fernando y al resucitar, esplende. Como todo acto lírico genuino, toda esta *Viola* es *conticinio* puro. Cuando acaece el *conticinio* emerge el verbo trasverberado, que ahora quiero leer:

*Conozco de una vez todo el silencio:  
ni una voz, ni un sonido, sólo el aire  
inmóvil, al acecho de las voces.*

*La luz es la tiniebla que adivina,  
el frío planetario, vestidura  
del corazón, redoble pavoroso.*

*Duerme pura la casa en sus cimientos,  
no la turban el miedo ni la dicha.  
Sólo yo, el solitario, está despierto.*

*¡Mordedura de víboras en mi alma!  
muda campana que no toca nadie,  
kiosko funesto, lámpara distante.*

*¡Ganas de asir una palabra, angustia  
de azotarla con lágrimas y adioses  
hasta trizar la majestad callada!*

*De alborecer mi rumia entre los vidrios,  
y oír los trinos que se desparraman  
y doblar en la almohada mi fatiga.*

*Conticinio mortal, zupia de culpas,  
prefiero bulla de caballerías,  
parrandas al reparo de la luna.*

Aquí están las nuevas certezas, las lógicas flamantes. ¡No las aristotélicas ni las paralelas euclidianas! Poesía hologramática, diría yo, en que la totalidad se reproduce íntegra en cada parte. Me basta con este *conticinio*, poema perenne, de este poeta, hasta que duele el hueso sacro.